

EL VISITANTE NOCTURNO

(The death watch)

por

HUGH B. CAVE

En parte fué culpa mía. Pero hacía muchos años que conocía a Elaine Ingram y cuando me pidió detalles acerca de la muerte de su hermano no pude decidirme a contarle la verdad.

Cuando aquella noche, después del funeral, me dijo:

—¿Preguntó por mí antes de morir, Harry?

Le mentí; tenía que hacerlo.

—Sí—contesté—Te estuvo llamando y diciendo lo mucho que te quería.

—¿Dijo sí volvería?—susurró Elaine.

—Sí, aseguró que regresaría.

Ella y su marido, Peter Ingram se instalaron en la vieja casa, junto a la ciénaga. Peter era escritor y podía vivir en cualquier sitio. Y Elaine insistió en trasladarse allí porque, según afirmaba, Mark volvería alguna vez y seguramente regresaría al lugar en que murió.

Durante seis meses vivieron en el edificio y me hice muy amigo de Peter. Acudía de vez en cuando a la estación de radio y se sentaba junto a mí mientras yo estaba de guardia. A veces, a mitad de ésta, (que alrededor de las cuatro de la mañana es muy aburrida) me hacía preguntas acerca de la radio.

Tenía grandes aptitudes para la telegrafía sin hilos y al poco tiempo hubiera podido ocupar sin dificultad mi puesto.

Una noche estaba sentado a mi lado, observándome, y en el instante en que yo encendía un cigarrillo me dijo:

—Harry, Elaine me tiene preocupado.

Yo ya sabía de qué se trataba. Elaine tenía la seguridad de que su difunto hermano regresaría junto a ella.

—Se sienta en el saloncito junto con el viejo Yago y se pasa horas enteras sin pronunciar una sola palabra. Es necesario hacer algo. Esto va a volverme loco.

—¿Por qué no despides a Yago?—le pregunté.

—Elaine quiere tenerlo cerca.

Que yo recordara Yago había vivido siempre en barracas situadas en las afueras de la ciudad. Decía ser un indio seminola. Bebía bastante y la gente decía que era un sujeto extraño. Fuera lo que fuese, Elaine sentíase atraída por él y le tomó para que trabajara en la casa, acabando por llevarlo a vivir en ella.

—Harry—prosiguió Peter.—Es necesario que yo la convenza de que está en un error y de que los muertos no vuelven. Pero no querrá escucharme. Si despidio al indio sólo conseguiré que se enfrasque más en esos malditos libros suyos.

Reflexioné algún tiempo sobre esto, y al fin, un día, le dije:

—¿Por qué no lees algo sobre espiritismo? Te será imposible discutir con Elaine